

LA DIFERENCIA DESCONECTADA. REFLEXIONES SOBRE IDENTIDAD Y DIFERENCIA EN LA SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN

Guiomar Salvat Martinrey

Universidad Rey Juan Carlos de Madrid

Vicente Serrano Marín

Instituto EMUI-UCM de Madrid

Resumen.- El artículo analiza algunos efectos que las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) tienen sobre viejas categorías como identidad, diferencia, comunidad, sociedad o alienación. Bajo la expresión paradójica de la diferencia se intenta sacar a la luz el mecanismo básico mediante el cual la multiplicación de las diferencias se construye desde una única nueva instancia, a la vez material y virtual.

Palabras clave.- *Sociedad de la Información, subjetividad, diferencia, globalización, alienación, comunidad, realidad virtual.*

Abstract.- The article examines some effects of information and communication technologies (ICT) on old categories such as identity, difference, community, society or alienation. Under the term paradox of difference attempts to uncover the basic mechanism by which the multiplication of differences is built from a new instance both material and virtual

Keywords.- *Information Society, Subjectivity, Difference, Globalization, Alienation, Community, Virtual Reality.*

1. Más allá del imperialismo

Es notorio que el término globalización posee una considerable ambigüedad. Sería difícil encontrar dos definiciones coincidentes entre los muchos autores que la tratan desde perspectivas tan diversas como la económica, la geopolítica, la cultural, la tecnológica o la ética. Es simplemente un término que se ha impuesto en el transcurso de los últimos años, que inicialmente apareció como fruto de una moda y que hoy en día constituye un marco más amplio en el que situar la llamada sociedad de la información. Cabe entender que la globalización es sólo un grado más en el proceso de mundialización iniciado ya, al menos a finales del XIX, y al que se llega un siglo más tarde como consecuencia de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (TIC). Serían esos mismos procesos de mundialización iniciados en el XIX,

intensificados por las dos guerras mundiales y por la tensión posterior llamada Guerra Fría, los que generaron nuevas condiciones: la primacía de las empresas multinacionales y sus necesidades, seguida de la posterior generalización de los mercados en las condiciones geopolíticas subsiguientes al final de la Guerra Fría. Y habrían sido entonces esas nuevas condiciones las que habrían exigido una aplicación masiva de las tecnologías e incluso motivado su desarrollo espectacular como herramientas en la producción.

Resulta ineludible en este orden de cosas recordar de nuevo los análisis de Carlos Marx, quien señaló como una de las características del modo de producción capitalista la creciente tendencia a tecnificar los procesos y a que la tecnología ocupara un lugar cada vez mayor en la producción y en la circulación. Era la propia competencia capitalista la que hacía inevitables la concentración y la mundialización de la economía. A comienzos del siglo XX esos fenómenos fueron ampliamente teorizados por Lenin y por Hobson en términos de imperialismo, y no faltan hoy analistas críticos de la globalización, para quienes la mundialización en términos de competencia y la concentración, asociadas al avance tecnológico, explican en parte las guerras mundiales y la Guerra Fría, y que no dudan en considerar la globalización como una forma de imperialismo. (Harvery, 2005; Berberoglu, 2003)

El dato innegable es que ese final de la Guerra Fría coincide con la emergencia de los nuevos medios y con su implantación masiva, pero no resulta fácil saber si lo primero fue determinante de lo segundo o viceversa. La llamada Guerra de las Galaxias, el sistema de defensa de alta tecnología puesto en marcha por Reagan en los años 80 y conocido con el nombre de *IDE (Iniciativa de Defensa Estratégica)*, tuvo mucho que ver con todo ello (Painter, 1999: 95 y ss.). Pero a la vez se apoyó en la emergencia de esas nuevas tecnologías que, como sabemos, nacieron estrechamente vinculadas a los programas de defensa y al acelerado desarrollo de las telecomunicaciones. Y desde luego la globalización también hubiera sido impensable sin las consideraciones geopolíticas posteriores al nacimiento de lo que durante un tiempo se llamó Nuevo Orden Mundial, y sin esa nueva tecnología implantada en la que parecía encontrar su herramienta adecuada. Recordemos a ese respecto que las primeras nociones teóricas de la sociedad de la información, es decir, de las nuevas realidades vinculadas a la tecnología y a la producción en el ámbito capitalista, anteceden en pocos años al proceso de disolución de la URSS y a la caída del muro de Berlín en el año 1989.

En ese mismo año de 1989 publicó Francis Fukuyama, asesor de Reagan, su famoso artículo *El fin de la historia*, que posteriormente se convertiría en el libro del mismo título. En él, a las nuevas condiciones tecnológicas y a la previsible nueva situación internacional añadía una visión con arreglo a la cual la confrontación ideológica había tocado a su fin y el mundo en su conjunto tendería a conformarse en torno a las sociedades liberales occidentales lideradas por EEUU (Fukuyama, 1992). Aunque la predicción de Fukuyama no se cumplió del todo y surgieron nuevos conflictos, lo cierto es que sus tesis acerca del fin de la historia y del advenimiento de una nueva sociedad mundial era mucho más acertado de lo que algunos críticos quisieron ver. La tecnología

entró en escena de modo decisivo y con ella la pieza final para dar lugar a lo que se llamó la globalización, cuyos elementos esenciales estaban ya dados en términos de un Nuevo Orden Mundial. El capitalismo imperante como modo de producción no encontraba rival (más allá de algunas excepciones y de la peculiar posición de China, donde una especial forma de capitalismo triunfaba en el interior con apoyo del partido comunista) y desplegaba una tecnología gracias a la cual las multinacionales y los flujos de los mercados financieros no conocían fronteras.

En ese sentido, la llamada sociedad postindustrial de la que surge el concepto de sociedad de la información (Masuda, 1981; Bell, 1973) encontraba un nuevo marco, superaba los límites geográficos y podía aplicarse a gran escala al conjunto del planeta, en la medida en que el capitalismo postindustrial se generalizaba ya, salvo peculiares excepciones, como el único modo productivo que exportaba además sus modos de vida. Es a partir de ese momento cuando cabe hablar de globalización, es decir, a partir del momento en el que la llamada sociedad de la información propia del Occidente capitalista postindustrial, y todavía en estado embrionario en la década de los ochenta, encuentra nuevas condiciones geopolíticas y se expande cuantitativa y cualitativamente. Y en ese sentido cabría decir que la globalización es el fruto de la expansión de la sociedad postindustrial y de la información como consecuencia de esas nuevas condiciones geopolíticas. Eso quiere decir que a los fenómenos que comenzaban a estudiar los analistas de los años setenta y ochenta, hay que añadirles a partir de los noventa ese nuevo marco tendencialmente universal.

Es ese nuevo marco el que, al potenciar el papel de las comunicaciones y al profundizar en el concepto de la sociedad de la información, tiende ya entonces a identificarla con la sociedad globalizada, la cual además, como consecuencia de la expansión de la red, acaba por consolidarse como sociedad red (Castells, 2004). Hay una cierta unanimidad en considerar que la globalización constituye primariamente un fenómeno económico, lo que Ulrich Beck llamó una *metafísica del mercado mundial* (Beck, 2000: 118), un proceso en el cual, gracias a las nuevas tecnologías, la interacción económica internacional unifica los mercados en un nuevo contexto en el que el capital se mueve con mayor facilidad y las grandes corporaciones multinacionales explicitan ya su papel preponderante. Asociados a ese fenómeno aparecen otros de índole también estrictamente económica como la deslocalización, la intensificación de un mercado financiero internacional, o la creciente interacción e interrelación de los acontecimientos económicos en cualquier parte del planeta, como se vio especialmente en las crisis económicas que se fueron sucediendo desde los noventa del siglo XX y cuya confirmación ha sido la gran crisis financiera del año 2008.

Pero esa unificación de mercados con las características señaladas ha tenido consecuencias inmediatas en el orden político, social y cultural. En el ámbito político se afirma como un tópico la pérdida de peso de los Estados-nación en torno a los cuales tradicionalmente se había organizado la toma de decisiones políticas, y que habrían dejado de ser “hegemónicos” (Ianni, 2004: 3). Es

también un tópico afirmar la emergencia de un nuevo modo de hacer y entender la política en el que las viejas ideologías procedentes del siglo XIX van perdiendo peso para ser sustituidas por procesos en los que la mercadotecnia y los nuevos medios tienen un peso creciente (Sartori, 2005; Salmon, 2009). Por lo demás, superado el enfrentamiento ideológico característico del siglo XX, nacen nuevos organismos (OMC, G8, G20) y una forma diferente de consideración de los conflictos, que han pasado a denominarse eufemísticamente “acciones humanitarias”, y en los que uno de los contendientes, en parte por la dimensión internacional y en parte por la naturaleza de sus acciones, pasan a convertirse en terroristas. Simultáneamente las agendas políticas vienen determinadas por problemas que se consideran globales, como el llamado cambio climático, o la regulación de los mercados financieros internacionales y de los nuevos medios de comunicación que hacen invisibles e inoperantes las fronteras a esos efectos. Ese conjunto que hemos resumido de forma algo apretada ha dado lugar a hacer usual la denominación de *Imperio* (Negri y Hardt, 2000), en todo caso en un sentido algo distinto al del clásico imperialismo, para referirse al nuevo modelo globalizado, haciendo consistir el proceso globalizador en un modo de dominación de tendencia universal y cuyo centro más o menos visible serían los Estados Unidos de Norteamérica con la colaboración de los demás países de Europa occidental y otros anglosajones, es decir, en su conjunto lo que se había venido considerando primer mundo.

Por tanto, el proceso globalizador y su traslación a las relaciones internacionales ha tenido y tiene inmediatas consecuencias sociales y culturales, que serían reflejo de ese efecto fundamental del fenómeno globalizador: la tendencia a la unificación en torno a un único mercado. De ahí surgiría una tensión entre la unidad del mercado internacional y las diferencias y particularidades de los distintos mercados locales, es decir, una tensión en torno a la relación entre lo global y lo local, dando lugar a múltiples fenómenos y realidades y hacer usuales términos como *glocal* o *fragmegración* (Rosenau, 2003: 50 y ss). En la medida en que la mayor parte de las tensiones que se producen dependen de esa tensión entre lo local y lo global creemos que reproducen siempre una paradoja básica de la que dependen y que vamos a llamar paradoja de la diferencia. Se trataría de una paradoja característica de la globalización en virtud de la que, a medida que se suprimen las diferencias, mediante los procesos de unificación globalizadores se exalta a la vez la pluralidad o se multiplican nuevas clases de diferencias.

2. La paradoja de la diferencia

El término diferencia se ha convertido en las últimas décadas en un término privilegiado por filósofos y analistas sociales y ha generado de hecho no sólo ontologías o epistemologías¹, sino que ha dado lugar a políticas específicas

¹ El prestigio que ha adquirido la palabra *diferencia* a partir de su uso y de su abuso es un fenómeno llamativo. Filosofías indispensables del siglo XX, como las de Heidegger, Deleuze o Derrida, entre otros, pensaron a partir de ella, y desde entonces el uso y el abuso al que aludimos no ha dejado de crecer, lo que debería convertirse en un serio motivo de reflexión,

que se conocen como políticas de la diferencia, a veces denominadas también políticas de identidad. Hacen referencia a programas sistemáticos de actividad legislativa en la que se tienen en cuenta intereses de grupos diferenciados (George, 2001: 114-117; Žižek, 1999: 225 y ss.), a los que según los casos se trata de favorecer a fin de paliar situaciones específicas de marginalidad por razones históricas o de otra índole. Esas y otras nociones que emergieron en el marco de sociedades anglosajonas multirraciales, multiculturales o religiosas, especialmente en el caso de Canadá y que luego se extendieron a otros países, como los Estados Unidos, Gran Bretaña, Irlanda, Nueva Zelanda, etc., se integraron en su momento en lo que se conoce como multiculturalismo.

Se entiende por multiculturalismo un modelo político, así como un modo de gestionar las diferencias en el seno de algunas sociedades en las que la heterogeneidad y la defensa de los derechos específicos de ciertas minorías impulsa políticas que se articulan en torno al término cultura (Kymlicka, 1996: 34-36). La experiencia multiculturalista en los países anglosajones permitió en ese sentido el aprendizaje de ciertos modos de convivencia de grupos diferenciados a partir de especificidades religiosas, idiomáticas, raciales o culturales sin más, que se daban en el seno de una sociedad homogeneizada en lo económico. Cabría en este sentido afirmar que en ese modelo, a medida que era mayor la unidad en los principios económicos y políticos, se hacía más necesario atender a los grupos que, en el interior de esa unidad ya garantizada por el Estado, presentaban una identidad colectiva basada en la diferencia y que exigía derechos y respeto a la misma. Con el transcurso del tiempo esas minorías, característicamente raciales, religiosas o lingüísticas, acabaron por multiplicarse para afirmarse a partir de cualquier diferencia significativa y generadora de derechos que posibilitara el reconocimiento una identidad colectiva digna de proteger. Si bien el modelo multiculturalista surgido del *Melting Pot* ha sufrido un claro retroceso allí donde se aplicaba de modo estricto a escala nacional, lo cierto es que el problema de la gestión de las diferencias culturales en un marco político y económico común define con bastante precisión el problema de lo que hemos llamado la paradoja de la diferencia en el seno de la globalización, y de hecho el modelo multiculturalista ha encontrado una amplia difusión como herramienta en el contexto de las relaciones internacionales (Kymlicka, 2009).

Porque, en efecto, en la realidad internacional globalizada se da la tendencia a homogeneizar el modelo económico y político, pues hemos visto que eso es precisamente lo que define la globalización, pero ese proceso de homogeneización en lo político y económico convive a su vez inevitablemente con diferencias de partida en cada una de las culturas, países, zonas o incluso civilizaciones a las que absorbe. La situación presenta cierta analogía con la noción de poder imperial que ha conocido la historia en distintos momentos. Claramente, en el caso del Imperio Romano el poder centralizador, apoyado a su vez en la mejora de los transportes y de determinadas tecnologías, arquitectura y derecho básicamente, toleraba las diferencias allí donde los

sobre todo porque, como suele ocurrir, corre el riesgo de convertirse en uno de esos términos fetiche que cada vez abundan más, de significado difuso y por ello mismo muy útiles para cualquier clase de uso y propaganda.

intereses económicos y políticos del poder imperial fueran respetados. Otro ejemplo histórico de diferencia de culturas fue el Imperio Austro-Húngaro, donde lenguas, razas y religiones distintas convivían bajo un único poder. Sin embargo, en el caso de la globalización el poder unificador del que hablamos viene determinado básicamente por una novedad que cualitativamente hace la situación muy distinta a la de los ejemplos mencionados. Ese poder es el mercado mismo y se canaliza mediante las tecnologías de la información y de la comunicación y las corporaciones multinacionales, haciendo inoperantes en algunos aspectos las fronteras políticas de los Estados-nación. Si bien es cierto que los Estados Unidos de América y las distintas alianzas militares en las que participa soportan en gran parte la capacidad de coacción necesaria en su caso, la realidad es que la unificación del mercado, e incluso la política, se realiza de modo mayoritario en términos estrictamente *pacíficos*, culturales, vinculado a la tecnología en la medida en que sirve a la persuasión o a la extensión de modos de vida.

De hecho los procesos de descolonización, y a pesar de guerras como las de Corea y Vietnam, ya pusieron de manifiesto que el viejo modelo colonialista basado exclusivamente en la guerra había sido sustituido por otro basado en la penetración económica, empresarial y cultural. En ese sentido las empresas multinacionales revitalizaron el viejo saber romano revivido por Maquiavelo en sus consejos al príncipe, ahora en el sentido de respetar las diferencias siempre y cuando el resultado fuera la correspondiente expansión del mercado. El método y los resultados de aquellos procesos se han multiplicado en el ámbito de la llamada globalización por las razones ya explicadas y los resume muy bien el sociólogo alemán Ulrich Beck en su trabajo “Un nuevo cosmopolitismo está en el aire” donde afirmaba, cargando demasiado las tintas en el aspecto económico: “Las sucursales de las grandes empresas establecidas en muchos países reemplazan las bases militares y el servicio diplomático. La vieja regla militar, según la cual el ataque sería la mejor defensa, se traduce en: los Estados tienen que invertir en investigación y desarrollo para desarrollar plenamente la fuerza ofensiva global del capital” (Beck, 2007: 64).

Ahora bien, el proceso globalizador presenta otra peculiaridad respecto de las etapas anteriores de mundialización. Siendo cierto que en unos y otros la unidad básica del modo capitalista y tendencialmente de las sociedades liberales se combinaban con diferencias culturales, de manera que modos y estilos de vida comunes se extendían en el seno de comunidades diferentes, en el proceso de globalización no sólo se dan modos de vida compartidos, sino que se crea una tercera realidad: un universo virtual, constituido por identidades virtuales, se incrusta en el territorio real donde hasta entonces se había jugado y desarrollado eso que hemos llamado la paradoja de la diferencia. Lo que queremos decir con ello es que los efectos sociales de la globalización, y la propia paradoja de la diferencia que la preside, pueden aplicarse a dos tipos de realidades. Por un lado a los procesos de homogeneización propios de las sociedades occidentales basados en el mercado multinacional, en la identidad de productos, de procesos, de agendas,

en el abaratamiento y multiplicación de los transportes, en la uniformidad creciente de los modos de vida. Hablamos, por tanto, de un mundo donde existen cada vez más elementos compartidos. Se trata de fenómenos constatables como lo son el mismo centro comercial con variantes en las grandes ciudades de cualquier continente, los modos de urbanización al estilo americano que han sustituido los viejos modelos urbanos, las realidades culturales o subculturales, como la industria del espectáculo para adultos y para la infancia tipo Hollywood o Disney, de consumo internacional y mundial, y que es la misma en todos los continentes, o el hecho de que las multinacionales de todo tipo distribuyan sus productos y servicios y con ellos determinados hábitos por igual en Hong Kong, en Río o en Moscú, como Zara y McDonald (Ritzer: 1996).

Sin duda todos esos hechos y otros análogos se han intensificado y se han acelerado gracias a la globalización y a las tecnologías de comunicación que la hacen posible, pero junto a estas señales de homogeneidad reinante, y en todo caso no exclusivas del periodo globalizador, hay un rasgo en el que la unificación se manifiesta precisamente como emergencia de un espacio nuevo y de nuevas dimensiones que hacen que la vieja distinción entre el primer mundo y las otras regiones, países en desarrollo y Tercer mundo, hayan quedado parcialmente desfasadas. Y por ello, junto a este fenómeno creemos que una aproximación a los efectos sociales de la globalización, especialmente desde el punto de vista de la subjetividad y de aquellas interacciones que no son estrictamente políticas ni económicas, debe hacerse cargo de él. Nos referimos a ese universo virtual y único, común y compartido, anidado en el seno de las sociedades que a la vez que afirman su diferencia, asumen la unidad. Nos referimos a la existencia de una nueva realidad social y virtual emergente cuyo rasgo diferenciador es la conexión mediante los sistemas de comunicación, particularmente en forma de red a través de internet o de las distintas redes sociales asociadas a los usos de internet. En esta nueva realidad las fronteras nacionales se rompen, las distancias desaparecen, los símbolos se modifican y se generan nuevos modos de expresión en la que el mundo queda unificado instantáneamente con un potencial incomparable en cuanto a su capacidad de generar y destruir identidades y diferencias, pero también de generar y distribuir productos, incluso sin necesidad de la estructura de las ya viejas multinacionales. McLuhan lo anunciaba bajo la expresión aldea global mucho antes de que la tecnología digital existiera o de que internet, la telefonía móvil y las redes sociales hubieran hecho su aparición.

Castells mencionaba hace una década el efecto de la globalización como una novedad y un salto cualitativo respecto a la simple mundialización de la economía. Por entonces lo expresaba analizando el hecho de que marcas y empresas de tipo familiar como Benetton pudieran extenderse por el planeta con presencia de hasta 5000 tiendas: “¿Cómo funciona Benetton? Benetton como sabéis es una empresa familiar, funciona en base a conceder licencias a cinco mil puntos de venta en el mundo, que tienen sólo dos obligaciones: una, que sólo venden productos Benetton. No puedes comprar nada más en una tienda Benetton. Segundo, que les envían diariamente información on-line de lo que venden. Sobre todo, de una característica fundamental. ¿Cual os parece

que puede ser? ¿Qué característica de los productos Benetton tiene que saber ésta al día?: El color que más se vende. ¿Cómo se llama Benetton?: Los colores unidos de Benetton. El producto Benetton no es un producto nada extraordinario, ropa deportiva, etc. Pero se les ocurrió la idea genial: el color es muy importante. Y el color depende de la moda, de la gente, del país, de cómo está el tiempo. Si eres capaz de reaccionar al color en cuestión de semanas y cambiar la línea de producción para determinados sitios y no para otros en función del color, te comes el mercado. Y una vez que tienes mercado, lo amplías” (Castells: 1998).

En ese ejemplo encontramos un fenómeno que rebasa la simple mundialización, un fenómeno en el que lo decisivo es la instantaneidad del funcionamiento en red, y donde se explicita en toda su crudeza el juego de la paradoja de la diferencia, claramente expresado en este caso en el color de un producto que, siendo idéntico en todo el planeta, se combina según los territorios a partir de la existencia de una conexión *on line*. Es esa conexión la que permite una capacidad de reacción casi instantánea y constituye un modelo de empresa globalizada distinta de las viejas multinacionales propias de la *simple* mundialización. El salto señalado por Castells, más allá de la dimensión económica que no es nuestro objeto aquí, está precisamente en el funcionamiento en red, en esa dimensión de instantaneidad decisiva para definir la sociedad de la información y para distinguir la globalización de la mera mundialización anterior. La diferencia entre Benetton y las viejas multinacionales, que por lo demás obviamente han aprendido ese nuevo funcionamiento y se han adaptado a él, está precisamente en la existencia de la red y las nuevas tecnologías que la configuran y su consiguiente instantaneidad. No se trata, por tanto, ya de la estructura gigante de aquellas grandes multinacionales que debían adaptarse a las culturas mediante ejecutivos nativos o procesos de aprendizaje, sino de una estructura familiar que opera desde el espacio virtual, en un juego en el que la constante interacción de igualdad y diferencia resulta lo distintivo y determinante.

Ya a mediados de la década de los noventa del siglo XX la promesa de internet era la posibilidad de crear una comunidad humana virtual con todas las ventajas que eso podía representar. Negroponte, uno de los primeros llamados *gurús* de la sociedad de la información, anunciaba refiriéndose al año 2000 que “habrá más personas que dedicarán su tiempo libre a Internet que a ver lo que hoy llamamos «cadenas de televisión». Internet evolucionará más allá de los MUD y los MOO (que suenan bastante como el Woodstock de los años sesenta pero en los noventa y en formato digital) y empezará a ofrecer más amplia variedad de entretenimientos. Internet Radio es un anticipo del futuro. Pero incluso Internet Radio es la punta del iceberg, porque no va mucho más allá de la transmisión selectiva a una clase especial de hackers informáticos, como demuestra uno de sus principales programas, llamado *Geek of the Week* (Colega de la semana). La comunidad de usuarios de Internet estará en el centro de la vida cotidiana. Su demografía se parecerá cada vez más a la del propio mundo.” (Negroponte, 1995). Hoy esas palabras nos suenan lejanas y podemos afirmar a varios años de distancia que la promesa se ha cumplido multiplicada y ampliada y ha generado una nueva realidad social.

En la misma década Jeremy Rifkin, profesor de la Wharton School de Filadelfia publicaba *La era del acceso. La revolución de la nueva economía*. El economista americano proponía la existencia de un nuevo modelo social en el que la estructura misma de las sociedades no vendría determinada tanto por la propiedad y la acumulación de bienes, como por la capacidad de acceder a determinados servicios existentes en el ciberespacio. Por tanto, es esa nueva realidad en red, con servicios ubicuos, donde la que propiedad fundamental es un tiempo congelado y donde la geografía ya no cuenta, porque se puede acceder a un servicio desde cualquier parte del mundo y es ofrecido en cualquier parte del mundo, dejando paso a un territorio común que es esa cosa llamada ciberespacio: sexo, servicios financieros, información científica de cualquier tipo, relaciones sociales, imágenes, música y cine, libros. La tesis central de Rifkin, la idea de que la propiedad dejaría paso a la capacidad de acceso en las sociedades virtuales, no se ha mostrado tan acertada como pretendía el autor, al menos si consideramos que la propiedad sigue siendo determinante en las relaciones económicas de la nueva era. Pero en cambio el tiempo sí ha mostrado la importancia creciente de las interacciones virtuales en el ciberespacio en orden a generar una nueva estructura social virtual, superpuesta a la estructura social real, a su vez ya mundializada. Pues bien, es esa estructura superpuesta, cuyo rasgo esencial es el acceso, la que requiere una reflexión como objeto propio característico distintivo de la globalización. En ese sentido la palabra acceso que utilizaba Rifkin, sí bien no ha sustituido la propiedad y la acumulación desde el punto de vista social, parece determinante para referirse a la existencia de ese mundo virtual que se erige sobre la realidad mundializada.

La cuestión no es ya sólo la existencia de una cultura, de un modo de vida y de unos hábitos procedentes del mundo material dominante, sino el hecho de que, en parte alimentada por ese mundo material dominante, en parte autónoma e interactuando con él, emerge una nueva realidad en la que la red y lo virtual son lo decisivo, y en la que las identidades de los sujetos y de los individuos, sus hábitos, sus gustos, sus universos simbólicos, se multiplican, un mundo en el que aparentemente se amplían las capacidades de ocio e intercambio, generando en ese sentido una clase mundializada que rompe con las categorías hasta ahora conocidas: la clase de los conectados. Desde este punto de vista la posibilidad de la diferencia es vista como una capacidad, como un espacio de liberación y en ese sentido la red ha sido considerada desde luego como ese espacio en el que el ciudadano accede a fuentes de información, amplía su libertad y su capacidad de interconexión, de denuncia, de asociación o incluso su capacidad política. Como ocurre en la definición de la sociedad de la información, es esa nueva comprensión de lo espacio-temporal lo determinante para comprender las nuevas formas de interacción humana.

En términos generales se puede afirmar que la comunicación humana ha sido vista siempre como un bien y que las barreras físico/temporales la han condicionado históricamente, de manera que la territorialidad y la proximidad o la distancia determinaron nociones clave para la interacción con lo extraño, con

lo otro, con lo lejano, realidades que tradicionalmente han sido fuente de no pocos conflictos y de algunos males característicos de las sociedades complejas. Los localismos han sido vistos como un mal o como un potencial de enfrentamiento, sin perjuicio de que, en una sociedad que tiende a uniformar y a unificar, se consideren también como una riqueza a preservar. La realización de la aldea virtual supone un salto a la hora de considerar las relaciones entre lo local y lo global y añade un nuevo grado en la aplicación del principio de la diferencia. Esa realidad global virtual supera las barreras sin necesidad de eliminar lo local y se presenta entonces como una formulación perfecta del viejo ideal de cosmopolitismo, de una sociedad universal en el que las diferencias se respetan y a la vez interactúan, de un modo de pensar global que actúa localmente.

No es de extrañar que desde esa visión de la globalización se haya trazado el sueño de un nuevo espacio social y cosmopolita. El arquitecto norteamericano e investigador del MIT William Mitchell presentó en su libro *City of Bits* la utopía de un espacio virtual que trataba de mostrar los rasgos y los efectos de la ciudad del futuro, de la ciudad virtual en un mundo globalizado que llama *ágora virtual* (1996: 8). La compara con el espacio de la *polis* griega que permitió a Aristóteles elaborar su concepción de la ética y de la política, pero con la diferencia de que el nueva ágora instalada en la red niega la geometría para expresar la nueva concepción de lo espacio/temporal instantáneo. En el fondo es ese ideal de una sociedad interconectada más allá de los mercados lo que también defendía el sociólogo alemán Ulrich Beck en el artículo citado *Un nuevo cosmopolitismo está en el aire*. En él abogaba por un cosmopolitismo que sustituya los muros por puentes para generar lo que incluso llega a llamar *globalización interior*, es decir, una globalización capaz de dar legitimidad al poder económico desterritorializado, convertido en un metapoder translegal con sus correspondientes efectos (2007: 69). Con ello apunta a esa otra cara de la moneda, a los efectos perversos de la globalización económica, no ya sólo desde el punto de sus efectos negativos para las nuevas formas de exclusión y de los excluidos, de los nuevos parias que Bauman caracteriza en términos de *vagabundo* frente al *turista* (Bauman, 1999: 119), no ya a la brecha digital cuya máxima expresión la resumía el propio Rifkin: el que no está conectado está muerto; sino desde el punto de vista de los efectos que la interconexión globalizada, que ese metapoder traslegal, puede tener tanto en los conectados como en los no conectados, es decir, en los efectos sociales que podría generar la absoluta dependencia de la red y de la correspondiente tecnología.

3. Más allá de la alienación

La historia de las sociedades capitalistas ha conocido algunas categorías especialmente significadas en orden a estudiar los efectos de los nuevos procesos productivos sobre los sujetos humanos. En ese sentido resulta una obviedad recordar que la obra de Carlos Marx marcó un hito decisivo, en la medida en que ya en la década de los años cuarenta del siglo XIX había analizado uno de los efectos de la sociedad industrial que preocupó bien pronto a los observadores de esas sociedades. El término *alienación* ha tenido desde

entonces una larga vida y ha sido objeto de intensos debates. Carlos Marx lo había tomado de la tradición filosófica de la que él mismo procedía, de Hegel y del filósofo de la llamada izquierda hegeliana Ludwig Feuerbach. Usado profusamente en los *Manuscritos de París* del joven Marx, el término hacía referencia a una despersonalización, a una pérdida de lo que era propio en varios sentidos por parte del trabajador asalariado y que se correspondía muy bien con las sociedades descritas por Charles Dickens en la Gran Bretaña donde Marx escribió *El capital*. Ese análisis de Marx ha sido desde entonces un hilo conductor determinante de la mayor parte de los análisis de las consecuencias sociales de los procesos productivos, y ha encontrado expresiones cinematográficas como en *Tiempos Modernos* de Charles Chaplin o *Metrópolis* de Fritz Lang. Ya avanzado el siglo XX se produjo un encuentro entre esos análisis procedentes del marxismo y los procedentes del psicoanálisis, incorporando la dimensión del deseo a la consideración de los procesos de explotación. La llamada Escuela de Fráncfort y sus integrantes, destacados pensadores, sociólogos y filósofos, como Adorno y Horkheimer o Benjamin habían puesto el foco del análisis no tanto en el momento alienador que se da en el momento de la producción, como en el hecho de que la cultura misma y sus productos contenían también un elemento de alienación.

No está de más recordar ahora como en los años sesenta del siglo XX, Herbert Marcuse, procedente a su vez de esa tradición y escuela, combinó los análisis de Marx con los de Freud considerando al capitalismo y sus procesos de alienación desde el punto de vista del deseo. En el *Hombre unidimensional* analizaba los procesos mediante los que el modo capitalista conformaba a los sujetos más allá incluso del proceso productivo, inhibiendo su deseo, y anunciaba ya un salto cualitativo de las sociedades a partir de lo que llamaba una *automatización completa*. A la vez sostenía que en las sociedades de masas y de consumo las formas de dominio y de alienación ya no se daban necesariamente y sólo en la fábrica, sino incluso en el propio descanso: “Hoy, la dominación se perpetúa y se funde no sólo por medio de la tecnología sino como tecnología, y la última provee la gran legitimación al poder político en expansión, que absorbe todas las esferas de la cultura” (Marcuse, 1985: 186).

El libro, escrito en Estados Unidos en 1967, tuvo su vigencia en plena crisis del 68, en el contexto de la Guerra Fría y de la Guerra de Vietnam, y en esa medida nos puede parecer hoy lejano. Sin embargo, conviene no olvidar que en los años sesenta se estaba iniciando ya un debate en torno a la sociedad postindustrial y al final de las ideologías, en el que se prefiguraban muchos de los elementos que luego realizó la sociedad de la información, en particular, la sustitución de la centralidad del trabajo como creador de valor. Marcuse vislumbraba ya también que las formas de alienación fundamentales se desplazan desde el trabajo a otras dimensiones, en el marco de una sociedad plenamente tecnificada y mediante la afirmación de la pluralidad como ideología dominante que tiende a borrar cualquier otra (Marcuse, 1985: 82). Es por ello por lo que, a pesar del tiempo transcurrido y de que muchos de los términos y categorías usadas por él pueden parecer rancias, sus análisis, proyectados a la sociedad de la información y a la sociedad globalizada, resultan en parte esclarecedores de esa otra cara de la globalización, aquella

en la que en lugar del supuesto elemento liberador y de autodeterminación, pone el foco en la dimensión de dominación, en la que frente al acceso incide en los procesos de subjetivación.

Recordemos asimismo que término *subjetivación* se utilizó en el último tercio del siglo XX para referirse a los procesos de dominio en lugar de la vieja categoría de *alienación*. Un precedente de ese tratamiento seguía siéndolo el expresado en la antiutopía que Aldous Huxley escribió en los años treinta del siglo XX, aunque desde luego en otro contexto, donde la dominación no se expresaba sin más como opresión, sino como constitución positiva que aspiraba al bienestar de los propios individuos, y de ahí que el título aludiera a *Un mundo feliz*. La trilogía *Matrix* en cierto modo ha llevado a su forma extrema esa misma idea, la de la dominación perfecta, mediante la generación incluso de las identidades en un universo en el que las nuevas tecnologías de la información se convierten a la vez en el medio y en la herramienta decisiva. En cierto modo *Matrix* es la versión de *Un mundo feliz* trasladada a la sociedad de la información capitalista globalizada. En ese sentido también las ciencias sociales han abandonado mayoritariamente el esquema de la alienación para sustituirlo por el esquema de la sujeción/subjetivación que en el fondo vislumbraba también Marcuse.

Desde que Michel Foucault generalizó ese nuevo modo de analizar las relaciones del poder y precisamente en las mismas fechas en que se producía la emergencia de la sociedad de la información, las categorías de análisis del control social y de las cuestiones relativas a la identidad han adoptado con frecuencia ese modelo y creemos que no hay mayor confirmación del acierto de su enfoque que la propia evolución de las tecnologías de la información y comunicación. La premisa fundamental de los análisis que Foucault inicia en los años sesenta y madura en los setenta es la de que el acercamiento al estudio del poder debe desplazar el foco desde la represión sobre los cuerpos a los procesos de constitución de las conciencias. De ahí que se pase del término alienación a hablar de procesos de sujeción, de constitución de las identidades del sujeto, de subjetivación. Michel Foucault muere en 1984 al borde de que se inicien los procesos de globalización y no se había referido en sus análisis a las poderosas herramientas de subjetivación que serían las nuevas tecnologías de la información. Sin embargo, contemporáneos suyos como Jean Baudrillard habían descrito el modo en que las nuevas formas de comunicación y de información determinaban un tipo de sociedad en el que la realidad era sustituida por lo que llamó *simulacro* y en el que lo virtual aparecía en escena como una *realidad* alternativa, llegando incluso, en un conocido y polémico episodio, a negar la *realidad* de la Guerra del Golfo y a considerarla como un videojuego (Baudrillard, 1991).

Más allá de los excesos en los que hubiera podido incurrir Baudrillard, lo que a nosotros nos interesa es que su análisis se centra ya en el efecto de poder característico de la nueva realidad tecnológica: la creación de una realidad paralela a la realidad material y en la que se refuerzan los efectos de sujeción y subjetivación estudiados por la izquierda francesa o por autoras americanas como Judith Butler (2001). Y en ese sentido, lo que desde la perspectiva del

acceso es visto como elemento de poder y capacitación, como libertad y riqueza, se convierte para los teóricos de la sujeción y de las nuevas formas de subjetivación, en un modo de dominio basado en las nuevas tecnologías y cuya máxima expresión vendría dada en el mundo virtual. Si asumimos el principio de McLuhan con arreglo al cual el medio es el mensaje, habría que entender que estas nuevas tecnologías, puestas generalmente al servicio de los procesos económicos que son los que definen la globalización, acaban por generar nuevos modos de subjetivación. Un claro ejemplo de esa doble consideración y de esa ambigüedad paradójica del universo virtual globalizado vendría dado por los videojuegos o por determinados tipos de videojuegos, con los que hemos visto que Baudrillard comparaba la Guerra del Golfo. Sus virtudes no están sólo en el hecho de constituir una clase de ocio tecnológicamente muy desarrollado, sino también en la posibilidad de redefinir los compañeros de juego al margen de las condiciones espacio-temporales. Estos juegos por un lado le dan al individuo una posibilidad de ocio incomparable en su perfección con respecto a cualquier otra conocida en la historia, le dan incluso la posibilidad de acceder a papeles soñados y de vivir los escenarios y situaciones en ese universo virtual y son muchos, empezando por los propios usuarios, los que consideran que eso es una forma de riqueza y de libertad desconocidas para sociedades anteriores. Por el contrario, los críticos consideran que ese tipo de oferta lúdica dispersa las identidades y convierte a los sujetos en meros receptores de la propaganda, más fácilmente controlables y más dóciles a las pretensiones del mercado. Este tipo de peligro queda expresado de forma muy gráfica en el siguiente texto de Noam Chomsky e Ignacio Ramonet, extraído de su libro *Como nos venden la moto. Información, poder y concentración de medios*: “El centro de la personalidad se resitúa en un cuerpo virtual dotado de capacidades suprahumanas. Al regreso de ese viaje, el jugador podría sufrir una especie de desprecio por sí mismo, experimentar una sensación de insignificancia, de soledad acrecentada dentro del mundo real. En última instancia, una exposición demasiado frecuente a la realidad virtual induciría a una verdadera descomposición psicológica, haciendo una sangría en las fuerzas vivas de la personalidad en beneficio de uno o varios mundos virtuales” (Chomsky y Ramonet, 1995: 76).

4. Comunidades y fragmentos

Hace ya más de un siglo que los sociólogos vienen trabajando y distinguiendo los conceptos de comunidad y sociedad. Análisis clásicos como el de Ferdinand Tönnies señalaban a comienzos del siglo XX las diferencias entre comunidad y sociedad, a partir de las condiciones constitutivas de las sociedades modernas caracterizadas por un creciente individualismo. En estas sociedades los vínculos tradicionales que determinaban la pertenencia a comunidades se van debilitando, y fue ese proceso el que terminó por hacer visible la existencia de comunidades minoritarias cuya protección dio lugar al esquema multicultural ya mencionado. Como resultado de los distintos modos de acercamiento a esa dualidad se impuso en los análisis políticos anglosajones, y luego por extensión en el mundo occidental, la polémica entre liberales y comunitaristas. Se consideraban comunitaristas aquellos para los

que la pertenencia a determinadas comunidades generaba derechos que iban más allá de los derechos individuales y a los que había que tener en cuenta. En cierto modo los autores comunitaristas como Taylor, Walzer o McIntyre, más allá de los matices que los diferencian (Mulhall y Swift, 1996), defendían como cualidad esencial para el desarrollo del sujeto humano la dimensión comunitaria, la pertenencia a un universo compartido de significados que las sociedades típicamente modernas e individualistas habrían ido perdiendo de forma progresiva, generando de este modo algunos de los males de las sociedades contemporáneas.

Ahora bien, tradicionalmente en la configuración de la comunidad jugaba un papel decisivo el espacio, porque eran el espacio y sus limitaciones los que establecían el lugar común mediante el cual se determinaban las relaciones de vecindad y proximidad, y de las que se derivaban valoraciones como lo propio, lo extraño, lo vecino, pero también limitaciones a la hora de compartir o intercambiar intereses de todo tipo. Las grandes ciudades, en tanto que aumentaba el proceso de urbanización, incrementaban su población no sólo por las posibilidades económicas que permitían, sino también y simultáneamente por esa posibilidad de intercambio, de ahí que el proceso de urbanización haya ido acompañado de un proceso de descomposición de las culturas comunitarias. Al multiplicarse las interacciones se permite a la vez un mayor grado de libertad y una creciente superación de los límites impuestos por el espacio, que empezaron a ser superados a medida que se iban desarrollando los medios de comunicación y que finalmente, en la era de la telefonía móvil por satélite y de internet, se pueden considerar desaparecidos, al menos para esa realidad virtual emergente de la que hablamos.

Con ello encontramos de nuevo la paradoja de la diferencia. En la medida en que multiplican las interacciones y los intercambios en un medio virtual unificado, se facilita la creación de nuevas comunidades, comunidades que sin embargo difieren de las tradicionales y que tendrían que ver con lo que se llamaron “comunidades sin proximidad” (Hampton, 2004: 277), y que hoy en día se pueden denominar sin más comunidades virtuales. Bajo esa categoría cabe considerar a las redes sociales que se vienen multiplicando en los últimos años y cuya característica primordial, junto a la estructura en red y el soporte virtual, está en el hecho de que son verdaderas comunidades en el sentido de que comparten códigos, intereses, gustos, edades, etc., pero que atraviesan el planeta y al menos potencialmente se superponen sobre las comunidades anteriores: países, religiones, culturas, o razas. Su característica principal es ser comunidades flexibles en las que entrar o salir apenas exige esfuerzo y pocas condiciones. En ese sentido son débiles, volátiles y tan virtuales como irreales y pueden considerarse simulacros de las relaciones humanas tradicionales, donde la presencia física y todos los elementos del lenguaje presencial quedan eliminados y donde la falsedad o la simulación tienen un peso considerable. En todo caso es pronto todavía para saber hasta qué punto este tipo de comunidades va a convivir con las viejas relaciones presenciales o con los viejos lazos o los va sustituir. Sabemos que son millones de personas las que pertenecen a las redes como *Tuenti*, *Facebook* o *Twitter* y otras muchas que van proliferando y se sabe que a día de hoy el 25 % de los

usuarios de las mismas las usa 4 veces por día. Se trata por tanto de nuevos espacios, pero que en muchas ocasiones no modifican sustancialmente las condiciones de las formas de relación no virtuales. Un reciente artículo publicado por jóvenes investigadores de la Universidad de Harvard expone sus conclusiones respecto del uso de *Facebook*. Aunque limitado a un único *College*, concluye que los rasgos de las personalidades en la vida virtual parecen coincidir en el ámbito de las redes, y en ese sentido una persona popular en la vida real lo es también en la red, o bien que el sexo y la raza siguen siendo determinantes a la hora de establecer los integrantes de las comunidades virtuales (Kauffmann, González, Christakis, 2008).

Sea como fuere, estas comunidades virtuales tienen un rasgo del que carecen las antiguas comunidades, un rasgo que está presente en las sociedades modernas de modo creciente y que se consolida en las sociedades de la información globalizada. Ese rasgo es la flexibilidad, término que desde otra perspectiva intenta también describir Zygmunt Bauman al hablar de modernidad líquida para referirse a las sociedades postmodernas y globalizadas. La liquidez es la propiedad del fluido, a diferencia de lo sólido, cuyas características son la estabilidad y la inmovilidad estructural. Pero esa misma flexibilidad determina también la brevedad y la ausencia de intensidad de las relaciones humanas, que hemos visto ya como propias de las interacciones virtuales. El economista y sociólogo británico Richard Sennett describió las nuevas condiciones de los mercados de trabajo y lo hizo, a partir de ese carácter tendencialmente flexible, en términos de *corrosión del carácter*. Con ello trasladaba las condiciones económico-informacionales propias de la sociedad globalizada al plano de las subjetividades. La progresiva liquidez de los vínculos sociales se traduce en nuevos rasgos que Sennett traduce en corrosión del carácter, expresión que a su vez alude a la fragmentación de las identidades. Refiriéndose a las narrativas que llama postmodernas afirma Sennett: “Estas visiones de la narrativa, a veces llamadas «postmodernas», reflejan, en efecto, la experiencia del tiempo en la moderna economía política. Un yo maleable, un collage de fragmentos que no cesa de devenir, siempre abierto a nuevas experiencias; éstas son precisamente las condiciones psicológicas apropiadas para la experiencia de trabajo a corto plazo, las instituciones flexibles y el riesgo constante” (Sennett, 2000: 141). Y unas líneas más abajo remite a una descripción del ciberespacio ofrecida por el arquitecto William Mitchel en *La ciudad de los Bits*, donde describe la capital del futuro, en parte ya de un presente que nos resulta familiar como “una ciudad no arraigada en ningún lugar definido de la superficie de la Tierra... y habitado por sujetos incorpóreos y fragmentados que existen como colecciones de alias y de agentes”. Para Sennett las consecuencias de la nueva economía estarían dominadas por dos rasgos que serían en este sentido también los de las nuevas formas de interacción humanas en la era de la globalización: flexibilidad y fragmentación de identidades. La emergencia de la pluralidad no afectaría ya sólo a la sociedad y a la existencia de colectivos de origen o de destino, como vimos al referirnos al exponer el modelo multicultural, sino que también afectaría al interior de los individuos, cuyas identidades aparecerían fragmentadas y flexibles en la era globalizada.

Sin embargo esta flexibilidad y esta fragmentación a la vez que pueden ser vistas como formas de asegurar el dominio, pueden ser tenidas también como una nueva base para desarrollar el ideal de la tolerancia. Así, el filósofo Michael Walzer, considera que la fluidez de las identidades del sujeto, su relativa inestabilidad, cuyo modelo encuentra en el seno de determinadas comunidades de inmigrantes, son el mejor remedio contra cualquier forma de intolerancia y afirma: "El resultado es el surgimiento continuo de individuos ambiguamente identificados, que contraen matrimonio entre sí, y, por tanto, lo que se da es literalmente multiculturalismo, que se concreta no sólo en la sociedad globalmente considerada, sino asimismo en todas y cada una de las familias, incluso en todos y cada uno de los individuos. Por tanto, aquí la tolerancia empieza en casa, donde, a menudo, debemos llegar a acuerdos de tipo étnico, religioso y cultural" (Walzer, 1996: 51).

5. Conclusiones

La flexibilidad y la inestabilidad pueden ser desde luego una base para afianzar nuevas formas de tolerancia, si se quiere ver medio lleno el vaso de la globalización. En virtud de ella cabe renovar el viejo canto a la libertad. Pero más allá de las diversas brechas ya abiertas, más allá incluso de la nostalgia de viejos vínculos en trance de extinción, la afirmación y la celebración de la diferencia, de las diferencias, parece encubrir y ocultar que esas diferencias dependen de un universo crecientemente unificado que las administra cuando existen previamente, o simplemente las crea. Y a partir de ahí cabe hacerse la pregunta de si esas identidades y sus diferencias no son sino espejismos en los que el sujeto, los sujetos, se sueñan diferentes y al hacerlo en realidad se desvanecen como tales sin saberlo. Porque, si la reflexión que hemos formulado en términos de paradoja de la diferencia no nos engaña, entonces todas las diferencias parecen moverse, depender o nacer en esa sustancia virtual que las da vida y la sostiene o las acrecienta, según los casos. Es esa identidad que se sustrae la que gobierna y la que al hacerlo, paradójicamente, se hace más potente y más idéntica. Fuera de esa identidad habitaría entonces otra diferencia: la diferencia desconectada. ¿Quién puede acceder a ella además del paria desconectado, sometido, pobre y abandonado?

Bibliografía

(1991) Baudrillard, J., *La Guerra del Golfo no ha tenido lugar*, Anagrama, Barcelona.

(1999) Bauman, Z., *La globalización. Consecuencias humanas*, FCE, México.

- (2005) Bauman, Z., *Vidas desesperadas. La modernidad y sus parias*, Paidós, Barcelona.

(2000) Beck, U., *What is Globalization?* Blackwell, Oxford.

- (2005) Beck, Ulrich, *Power in the global age: a new political economy*, Polity, Cambridge.
- (2008) Beck, Ulrich, "Un nuevo cosmopolitismo está en el aire. El poder global del capital se las arregla sin las fuerzas armadas. Y es casi ilimitado. Siete tesis para un mundo mejor", en *Armas y letras. Revista de literatura, arte y cultura de la universidad autónoma de Nuevo león*, 62-63, pp. 64-69.
- (1973) Bell, D., *The Coming of Post-Industrial Society: a Venture in Social Forecasting*, Basic Books, New York.
- (2003) Berberoglu, B., *Globalization of Capital and the Nation-State: Imperialism, Class struggle, and the State in the Age of Global Capitalism*, Rowman & Littlefield Publishers, Lahnman.
- (2001) Butler, J., *Mecanismos psíquicos del poder: teorías de la sujeción*, Cátedra, Madrid.
- (1998) Castells, M., "Globalización, tecnología, trabajo, empleo y empresa" en *La Factoría 7*, octubre: <http://www.lafactoriaweb.com/articulos/castells7.htm#>. Este artículo es el primer capítulo del libro "La transformación del trabajo", de la colección "Los libros de La Factoría".
- (2004) Castells, M., *La sociedad red: una visión global*, Ed. Alianza, Madrid.
- (1993) Chomsky, N. y Ramonet, I., *Como nos venden la moto. Información, poder y concentración de medio*, Icaria, Barcelona.
- (2001) George, S. *El informe Lugano. Cómo preservar el capitalismo en el siglo XXI*. Icaria, Barcelona.
- (1992) Fukuyama, F., *El fin de la Historia y el último hombre*, Planeta, Barcelona.
- (2006) Hampton, Keith N., "La sociabilidad en red dentro y fuera de la red", en Castells, *La sociedad red: una visión global*, Alianza, Madrid.
- (2000) Hardt, M., Negri, T. *Imperio*. Barcelona, Paidós.
- (2005) Harvey, D. *The new Imperialism*. New York, Oxford Universty Press.
- (2004) Ianni, O., *Teorías de la globalización*, Siglo XXI, México.
- (2008) Kauffmann, J., Lewis, K.; González, M. and Kirtakis, N., "The Taste for Privacy: An Analysis of College Student Privacy Settings in an Online Social Network," en *Journal of Computer-Mediated Communication*, vol. 14, pp 79-100.

- (1996) Kymlicka, W., *Ciudadanía multicultural*, Paidós, Barcelona.
- (2009), *Las odiseas multiculturales. Las nuevas políticas internacionales de la diversidad*, Paidós, Barcelona.
- (1985) Marcuse, H., *El hombre unidimensional: ensayo sobre la ideología de la sociedad*, Planeta-Agostini, Barcelona.
- (1981) Masuda, Y., *The Information Society as Post-industrial Society*, World Future Society, Washington, D.C.
- (1996) Mitchell, W. J., *City of Bits: Space, Place, and the Infobahn*, MIT Press, Massachusetts.
- (1996) Mulhall, S. y Swift, A., *El individuo frente a la comunidad. El debate entre liberales y comunitaristas*, Temas de hoy, Madrid
- (1995) Negroponte, N., *El mundo digital*, Ediciones B, Barcelona.
- (1999) Painer, David S, *The Cold War: a International History*, Routledge, New Cork.
- (2000) Rifkin, J., *La era del acceso. La revolución de la nueva economía*, Paidós, Barcelona.
- (1996) Ritzer, G., *La McDonalización de la sociedad*, Ariel, Barcelona.
- (2003) Rosenau, J. N. *Distant Proximities: Dynamics beyond Globalization*, Princeton University Press, Princeton.
- (2008) Salmon, Ch., *Storytelling. La máquina de fabricar historias y formatear las mentes*, Península, Barcelona.
- (2000) Sartori, G. *Homo videns. La sociedad teledirigida*. Taurus, Madrid.
- (2004) Serrano, V., (Ed.): *Ética y globalización. Cosmopolitismo, sociedad y diferencia en un mundo global*, Biblioteca Nueva, Madrid.
- (2000) Sennett, R., *La corrosión del carácter*, Anagrama, Barcelona.
- (1996) Walzer, M., “La política de la diferencia: estatalidad y tolerancia en un mundo multicultural”, en *Isegoría*, 14, pp 37-53.
- (1999) Žižek, S., *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política*, Paidós, Barcelona.